

La hidroterapia naturista y la oficialista: oposición y estrategias ante la introducción de la hidroterapia en España (siglos XIX-XX)

Juan Antonio Rodríguez Sánchez

Profesor Titular de Historia de la Ciencia

Facultad de Medicina, Universidad de Salamanca

RESUMEN:

Los movimientos sociales reformistas basados en una nueva valoración de la naturaleza tuvieron entre sus más importantes expresiones las de los movimientos hidroterapéuticos, como los de Priessnitz y Kneipp. El carácter vitalista, anti-allopático y de autonomía del individuo fueron percibidos como una amenaza para una medicina que buscaba como una de las señas de identidad profesional la asunción de un nuevo paradigma científico experimental. Mientras que la medicina más oficialista incorporaba la hidroterapia a las tradicionales prácticas balnearias reduciéndola a mera innovación tecnológica dotada de los nuevos aspectos científicos; los valores hipocráticos, humanos y sociales fueron recuperados por la naciente medicina naturista.

Palabras clave: historia de la medicina XIX-XX, hidroterapia, terapéuticas físicas, naturismo, medicinas complementarias.

ABSTRACT:

The reformist social movements, which are based on a new estimation of nature, had the hydrotherapeutic movements, such as those of Priessnitz and Kneipp, as their most significant expressions. The vitalistic and anti-allopathic character and the autonomy of the individual were regarded as a threat for a medicine which was searching the assumption of a new experimental scientific paradigm as a sign of professional identity. Whilst the most officialist medicine added hydrotherapy to the traditional spa practice and reduced it to a mere technology innovation provided with new scientific aspects; the Hippocratic, human and social values were recovered by the rising natural medicine.

Key Words: 19th-20th medical history, hydrotherapy, physical therapy, natural medicine, complementary and alternative medicine.

INTRODUCCIÓN

El año 1900, Luis de Castellarnau, afamado hidroterapeuta escribía en Barcelona el siguiente texto:

“Al ofrecer de un modo incondicional el Instituto Hidroterapéutico a mis comprofesores, les recordaré que la irrecusable lógica de los hechos ha demostrado que cuantas veces el médico ha pretendido prescindir de la Hidroterapia sólo ha conseguido crearse un gran número de adversarios en detrimento del prestigio profesional. Manifestación elocuentísima y grandiosa de esta verdad nos la ofreció Graefenberg

en la segunda década del siglo que acaba de transcurrir y recientemente se ha reproducido en Vörisshofen, a donde han acudido millares de enfermos, los cuales han abandonado los cuidados de sus médicos para ser tratados por el agua. Permitaseme esta digresión sugerida por el alta estima que me merecen mis comprofesores y al propio tiempo para que sirva de aviso al objeto de impedir que el intrusismo invada el campo de la Hidroterapia” (1).

De este párrafo, sumamente significativo, merece la pena que resaltemos algunos aspectos aludidos: el

éxito popular de las terapéuticas de Priessnitz y Kneipp, la coexistencia de una hidroterapia empírica junto a una hidroterapia oficial y, sobre todo, la defensa de los intereses profesionales del médico.

EL AGUA COMO VEHÍCULO REFORMISTA

El recurso al agua fría como medio terapéutico no fue una innovación del siglo XIX. De hecho, la Ilustración dejó los nombres de John Floyer, Pierre Pomme, Nicolo Cirillo o Vicente Pérez como exponentes de esos “médicos del agua”. Tampoco se habían producido cambios en el tradicional arsenal terapéutico de los médicos, poco eficaz y, frecuentemente iatrogénico.

Sin embargo, el contexto social sí estaba viviendo una rápida y decisiva transformación. La industrialización había tenido como consecuencia un cambio demográfico con un éxodo del campo a la ciudad: a una ciudad contaminada, sin intervención sanitaria efectiva y en la que los crecientes suburbios fomentaban los nuevos cuadros de morbimortalidad. Las condiciones laborales, la forma de vida, el alcoholismo y la malnutrición abonaron el terreno para la tuberculosis o las pandemias de cólera.

Esa presencia constante de la debilidad y la enfermedad configura las propuestas y el éxito social del pensamiento degeneracionista, con sus consecuentes respuestas regeneracionistas, higienistas e, incluso, de eugenesia para impedir la progresiva degradación del género humano (2).

Hay que contemplar aún otro elemento: ante esa deteriorada imagen de la ciudad, la naturaleza va a ser, desde la Naturphilosophie al romanticismo, enaltecida y percibida como fuente de regeneración.

El agua, dotada por cualquier cultura de todas las virtualidades, se ofrecía así como el recurso de la naturaleza para regenerar y curar. Y, si además era fría, transmitía el mensaje de acendramiento y vigor requerido (3).

Obviamente, los usuarios de éste y otros remedios naturales no fueron inicialmente los teóricamente afortunados moradores de esos idealizados entornos rurales, sino la burguesía urbana con el tiempo y el dinero necesarios para poder permitirse pasar una temporada buscando la salud en los nuevos centros que surgían.

Aunque fueron muchos y con importantes implicaciones médicas, los que convulsionaron las prácticas

terapéuticas de la época debido a su impacto social fueron Graefenberg y Wörishofen.

Si a Vincenz Priessnitz le corresponde el honor de ser el pionero en suscitar con sus prácticas empíricas un precoz movimiento reformista (aún más radical en su salto a Estados Unidos) (4), a Sebastian Kneipp hay que reconocerle una mayor capacidad de difusión e infiltración de su moralismo higiénico debido en parte a la vinculación programática al reformismo de León XIII (de quien fue nombrado camarero).

El éxito social y terapéutico de estos empíricos no fue ajeno a la clase médica, quien debió prestarles atención, ora porque desde un sentido consciente y autocrítico de los efectos nocivos de la terapéutica vigente estaban dispuestos a estudiar cualquier nueva propuesta; ora porque los profanos al arte de curar podían sustraer la clientela y menguar los honorarios.

No obstante, esta situación tuvo en España rasgos diferenciales que conviene resaltar: hasta avanzado el siglo XX, las formas de tratamiento con agua sólo fueron aplicadas por médicos (los únicos que pudieron abrir centros para su uso) y pesaron más las críticas que el entusiasmo ante las posibilidades terapéuticas. Pensemos que la ciencia médica española se debatía entre el acatamiento a la ciencia francesa y la búsqueda de una identidad nacional, entre la reivindicación de un pasado propio y el rechazo a las formas empíricas y creenciales de siglos pasados, entre las que se encontraban las terapéuticas con agua.

Si tenemos en cuenta estas premisas podríamos considerar la existencia de tres fases en la introducción de la hidroterapia en España: la de la hidropatía de Priessnitz, la instauración de la hidroterapia científica y la aparición de la hidroterapia kneippista y naturista (5).

LA RECEPCIÓN DE LA HIDROPATÍA DE PRIESSNITZ POR LA MEDICINA ESPAÑOLA

La terapéutica de Priessnitz fue interpretada, por los médicos que se acercaron a su método, en clave hipocrática, en una relectura más académica de ese galenismo popularizado que daba asiento a su práctica. Los textos en francés (de Bigel, Scoutetten, Schedel, Lubanski o James) se difundieron en España en la primera mitad de la década de los años cua-

LOS BALNEARIOS, LOS MÉDICOS HIDRÓLOGOS Y EL CUERPO DE MÉDICOS DE BAÑOS

renta del siglo XIX. Sin embargo, hasta 1846 no encontramos una literatura de autores españoles, eruditos pero inexpertos en su aplicación clínica. Mariano Delgrás, José Trelles, Enrique Ataide y Julián de Villaescusa ofrecieron artículos, réplicas y contrarréplicas, desde las páginas de la *Gaceta Médica* que mostraban las reacciones ante el fenómeno Priessnitz: el pragmatismo de Trelles y su llamada a la investigación, el conservadurismo terapéutico de Ataide (alarmado por la aplicación de agua fría a un enfermo en plena sudoración) y la ciencia hidrológico-médica de Villaescusa, más significativa por sus implicaciones corporativas (6).

Estas tendencias se hacen patentes cuando se llevan a la práctica con la apertura de diversos establecimientos, que podríamos clasificar como: establecimientos propiamente hidropáticos (o, más bien, de hidropatía interpretada), establecimientos hidroterápicos (representantes de una hidropatía sumamente modificada) y, finalmente, los establecimientos balnearios (a los que he definido como de "hidropatía desnaturalizada").

La experiencia propiamente hidropática fue escasa en España y sin apenas más representante que el médico Vicente Ors, quien viajó a Graefenberg en 1844 y a su regreso fundó en Alhaurín el Grande (Málaga) el establecimiento de "Buena Estrella" y, ya en 1850, un establecimiento en Chamberí (Madrid). Sus escritos parten de esa experiencia directa, con el uso de los métodos de Priessnitz a los que incorporó algunas técnicas de su invención y, sobre todo, pretendió darle una explicación fisiológica a todo lo observado con el apoyo de las investigaciones de algunos expertos franceses y alemanes (7).

Sin embargo, lo más frecuente fue el establecimiento hidroterápico, transformación en algunos casos de los establecimientos de baños higiénicos a los que se les había incorporado ya los baños de vapor y algunos más con nombre exótico. Estos establecimientos dirigidos por médicos y aparecidos en grandes ciudades no ocultan su principal objetivo de negocio, por lo que a lo terapéutico no dudan en conservar lo higiénico. Joaquín Delhom, Manuel Arnús o Félix Borrell, con el afamado "Balneario de San Felipe Ner" muestran esta tendencia, a la que incorporaron incluso la aplicación de aguas mineromedicinales artificiales. El establecimiento surge donde reside el potencial cliente acomodado y le ofrece todo aquello que pueda pedir, incluyendo las técnicas de la moda europea de la "hidropatía".

Mención aparte en esta recepción de la hidroterapia de Priessnitz (y más tarde en la de Kneipp) merecen los balnearios, puesto que la ciencia hidrológica contó en España desde época muy temprana con una alta organización corporativa, si bien más estatalizada que gremial. En 1817 se creaba un Cuerpo de Médicos de Baños y hasta 1877 no se constituyó una sociedad, la Sociedad Española de Hidrología Médica. En ese paréntesis los criterios científicos de la balneoterapia española estaban dictados por individualidades prestigiosas e inconexas. Por ese motivo, los posicionamientos frente a las corrientes empíricas obedecieron más a los dictados del corporativismo que pretendió eliminar a la competencia (denominada intrusismo) asumiendo la hidropatía (y cualquier derivación) como algo exclusivo del médico hidrólogo (8).

En esta reivindicación, bien representada por los escritos de Carús Falcón, el médico hidrólogo intenta reafirmar su competencia en el uso hidroterápico. Para ello incurre en evidentes contradicciones, pero bien ocultas en su discurso publicitario ante los agüistas: reivindica el carácter científico de la hidrología mediante la investigación química de las aguas, lo que le lleva a alejarse del antiguo hipocratismo subyacente en la hidropatía sin que pueda tampoco asumir –sin perjudicar su negocio– los principios científicos de la hidroterapia, pues pondrían al mismo nivel el agua corriente y las mineromedicinales (9). Para su lucha contra la emergencia de los establecimientos hidroterápicos urbanos siempre quedaba la crítica a las aguas mineromedicinales artificiales y el recurso a la bondad de la climatoterapia que hacía preferible el balneario a cualquier otra práctica hidroterápica posible (10).

Es un proceso en el que la medicina académica, ya sea general o de médicos hidrólogos, se apodera del tratamiento con agua y lo deja desprovisto de sus aspectos más amenazantes: el carácter antialopático y el movimiento social reformista. En esta primera fase, la hidropatía fue metamorfoseada en una serie de innovaciones técnicas para aplicar el agua.

LA HIDROTERAPIA CIENTÍFICA

La creación de un corpus científico para la hidroterapia va a divorciar definitivamente a las corrientes

empíricas de tratamiento con agua de las que son efectuadas por médicos académicos. La ciencia se aleja del hipocratismo explicativo usado por los primeros médicos hidroterapeutas y de toda reminiscencia vitalista y busca la alianza con otras fuerzas naturales, más dependientes de la tecnología y más adaptables al estudio de laboratorio, como la electricidad.

El círculo vienés de Johann Oppolzer, a través de la Clínica Interna II, inició el programa de dotar de soporte científico a las terapéuticas naturales que afloraban en centroeuropa. De este círculo, Wilhelm Winternitz fue quien introdujo, en 1864, la hidroterapia como disciplina académica tras su formación en Graefenberg. Similar línea seguía en Francia Louis Fleury (11).

No obstante, la innegable dificultad para someter el tratamiento hidroterápico a la metodología científica experimental defendida por el nuevo paradigma, llevó a que se realizasen estudios de observación, de empirismo clínico cuantificado en el mejor de los casos. Por ello, en la práctica, la hidroterapia se atrincheró en las formas tecnológicas de la ciencia y se integró en la oferta comercial que realizaban los nuevos institutos.

En España surgieron algunos centros especialmente emblemáticos de esta nueva imagen científica de la hidroterapia, desde el referido Instituto Hidroterápico Barcelonés de Luis de Castellarnau al madrileño e innovador Instituto de Mecánica Médica de Joaquín Decref. Lugares en los que se implementaba la oferta de los primeros hidroterápicos con las de la mecanoterapia y la electroterapia, constituyendo –más por coexistencia espacial que por una mal articulada fundamentación teórica– el espacio de la terapéutica física (12).

Esa interdependencia entre hidroterapia y otras técnicas fisioterápicas, entre el espacio necesario para las mismas y la reivindicación del carácter de especialidad a través de ese mismo espacio, acaban por vincular estrechamente a la hidroterapia con la visión fragmentada del ser humano (sustento del especialismo médico) y con la tecnología.

La Hidrología Médica fue la primera en incorporar oficialmente la hidroterapia entre sus competencias: en 1885 los *Anales de la Sociedad Española de Hidrología Médica* adoptaron el término “hidroterapia” en su subtítulo, la hidroterapia fue incorporada en el temario de oposición a plazas del Cuerpo de Médicos de Baños y en 1913 formaba parte de las enseñanzas de la cátedra de Hidrología Médica de la Universidad Complutense de Madrid. El análisis de las publicacio-

nes oficiales muestra que no existe interpretación vitalista alguna e, incluso, se minimizan las lecturas de valor regeneracionista (13).

Pero no eran los hidrólogos los únicos en reivindicar, desde sectores académicos, las competencias sobre la administración hidroterápica. La tradicional asignatura de materia médica comenzó a separar a finales del siglo XIX la parte farmacológica de la denominada materia médica física o, más adelante, terapéutica física. En ella, al igual que en los establecimientos, había cabida para cualquier tratamiento o diagnóstico incluida la radiología y la radiumterapia (14). Un campo tan abierto que habría de propiciar el nacimiento de nuevas especialidades y conduciría a la hidroterapia, ante discapacidades por guerras y epidemias de polio-mielitis, al ámbito de la rehabilitación.

LA INFLUENCIA KNEIPPISTA EN LA HIDROTERAPIA NATURISTA

La incorporación por parte de la ciencia oficial del tratamiento con agua no cubría las expectativas de los pacientes, pues su aplicación se había desvinculado de los cambios en la forma de vida que perseguían los movimientos sociales y, además, sustraía al enfermo la capacidad de ser artífice de su propia curación. No se trataba de las consecuencias, como advertía Castellarnau, de que los facultativos prescindiesen de la hidroterapia, sino de que rechazasen demandas e interpretaciones bien enraizadas en la cultura popular.

Sin embargo, en España, este fenómeno no empezará a aflorar hasta finales del siglo XIX, merced a la buena acogida que tuvo desde el poder la terapéutica del abate Kneipp. La obra de Kneipp no sólo fue un éxito editorial (generador de enconadas disputas por los derechos para su publicación), sino que se difundió a través de los Círculos Católicos de Obreros y estuvo presente en la biblioteca de cualquier congregación católica, contando con propagandistas tan significativos como Alejandro Pidal y Mon, carlista moderado y líder del partido Unión Católica (fundado según los consejos de León XIII y el espíritu del Centro Católico Alemán) (15).

Aunque el kneippismo fue un movimiento reformista católico conservador, sus propuestas higiénico-terapéuticas ampliaban, matizaban y simplificaban tratamientos, incorporando, al agua y la dieta, las plantas medicinales y la reforma en el vestir y devolviendo a las personas su protagonismo en la curación, si bien con una responsabilidad rayana en la culpa.

Pese a la posterior difusión y mayor influencia de otros naturistas como Louis Kuhne en la configuración del pensamiento naturista español, es cierto que los primeros atisbos de un naturismo (y la hidroterapia asociada) van vinculados a la figura de Kneipp, tanto por la figura del médico barcelonés Joaquín Collet y Gurguí (médico kenippista y traductor de algunas obras del abate), como la de otros viajeros a Wörishofen: José Calderón (promotor en 1903 de la Sociedad Vegetariana Española en Madrid) o Jaime Santiveri (fundador de la Camisería Higiénica Sistema Kneipp) (16).

Pero sin duda el ejemplo más claro de esta vinculación entre kneippismo y naturismo se puede encontrar en la figura del médico naturista más entusiasta y mejor formado en el uso de la hidroterapia, Honorio Gimeno, quien utilizó el seudónimo de “doctor hidrófilo”. Se formó en el método de Kneipp y fue un claro exponente del diferente enfoque existente entre el uso del agua desde una perspectiva naturista y el de la hidroterapia impartida en las facultades de medicina, como se comprueba en su única monografía *Vicente Priessnitz o el genio de la hidroterapia* (17).

La medicina naturista recuperaba así el inicial sentido de la hidroterapia, integrada en un cambio de la forma de vida, que devolvía protagonismo al poder curador

de la naturaleza, a la *vis natura medicatrix* desestimada por el paradigma científico hegemónico (18).

CONSIDERACIONES FINALES

La aparición de exitosas formas de tratamiento mediante el uso del agua desarrolladas por empíricos, supuso un reto a una medicina académica denostada por su ineficacia terapéutica. Desde la propia medicina, la aceptación popular de la corriente homeopática dividía a los profesionales que pugnaban por la hegemonía. El desarrollo de un nuevo paradigma científico basado en una metodología experimental, permitió trazar una frontera que sólo podía atravesarse rechazando los tradicionales planteamientos vitalistas e hipocráticos. Unos límites de dudosos criterios cartográficos, donde esa misma metodología no definía realmente qué quedaba dentro y qué formaba parte de lo externo a la ciencia médica. Las búsquedas y hallazgos desde el empirismo, desde el galenismo popular, se intentaron silenciar mediante una asimilación que pretendía dejarlas inermes. Una artimaña que no satisfizo a quienes reivindicaban precisamente los valores perdidos y que sólo fueron recuperados en España con la medicina y los movimientos naturistas del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

1. Castellarnau y de Lleopart L. El agua común como eficaz tratamiento y profilaxis del reumatismo agudo y crónico. Barcelona, 1900: XV-XVI.

2. Campos Marín R. La teoría de la degeneración y la medicina social en España en el cambio de siglo. Lluïl 1998; 21 (41): 333-56.

3. Rodríguez Sánchez JA. Los usos regeneracionistas de la simbología del agua: entre la decadencia balnearia y el moralismo kneippista. *Dynamis* 1998; 18: 107-26.

4. Whorton JC. *Nature Cures. The History of Alternative Medicine in America*. Oxford University Press. New York, 2002.

5. Rodríguez Sánchez JA. Una alternativa restringida: la introducción de la hidropatía en España. In: Arquiola E, Martínez Pérez J (eds.) *Ciencia en expansión: estudio sobre la difusión de las ideas científicas y médicas en España (Siglos XVIII-XX)*. Editorial Complutense. Madrid, 1995: 321-49, 327.

6. *Ibid.* 331-2.

7. Rodríguez Sánchez JA. Vicente Ors y la introducción de la hidroterapia en España. *Boletín de la Sociedad Española de Hidrología Médica* 1992; 7 (3):151-5.

8. Rodríguez Sánchez JA. Institucionalización de la Hidrología Médica en España. *Balnea* 2006; 1:25-40.

9. Carús Falcón R. Relaciones entre la Hidroterapia y la Hidrología Médica. *Anales de la Sociedad Española de Hidrología Médica* 1881-1882; 4:248-51.

10. Rodríguez Sánchez JA. José Salgado y Guillermo (1811-1890) y la madurez de la Hidrología Médica española. *Medicina e Historia* 1993; 49: 1-28.

11. Villaret S. *Histoire du naturisme en France depuis le Siècle des Lumières*. Vuibert. Paris, 2005:59-62.

12. Rodríguez Sánchez JA. Evolución de la terapéutica balnearia: un espacio interdisciplinar. In: López Geta JA, Pinagua Espejel JI (eds.) *Panorama actual de las aguas minerales y mineromedicinales en España*. IGME. Madrid, 2000:87-103.

13. Rodríguez Sánchez JA. Antecedentes históricos: la(s) memoria(s) del agua. In: Baeza Rodríguez Caro J, López Geta JA, Ramírez Ortega (coords.) *Las aguas minerales en España*. IGME. Madrid, 2001: 1-20.

14. Climent Barberá JM. *Historia de la Rehabilitación Médica*. Edika Med. Barcelona, 2001: 181-93.

15. Rodríguez Sánchez JA. Moralismo higiénico: la terapéutica del abate Kneipp y su introducción en España. In: Montiel L, Porras I (eds.) *De la responsa-*

bilidad individual a la culpabilización de la víctima. Doce Calles. Madrid, 1997: 33-54.

16. Artetxe A. *Historia de la medicina naturista española*. Triacastela. Madrid, 2000: 83-99.

17. *Ibid.*, 181-2.

18. Roselló JM. *La vuelta a la naturaleza. El pensamiento naturista hispano (1890-2000): naturismo libertario, trofología, vegetarianismo naturista, vegetarianismo social y librecultura*. Virus. Barcelona, 2003: 61-79.